

SAN JERONIMO Y LOS CLASICOS

La nave de muchos bancos.

«Naves de muchos bancos» llamaba Homero a las que condujeron a los aqueos a Troya. Si hubiera podido fotografiar en uno de sus epítetos la nave que conducía a S. Jerónimo de Venecia —la Aquileya de entonces—, al desierto de Siria, la hubiera llamado la nave de «muchos libros».

El futuro *Doctor Maximus* no llega ahora a los treinta años. «He abandonado mi casa —nos dice—, mis padres, hermanos y parientes; he renunciado al mundo y ofrecido a Dios mi castidad. Sólo me queda esta biblioteca de la que no me puedo separar —*bibliotheca carere non poteram*— la que yo a costa de mil sudores y fatigas había logrado reunir en Roma —*quam mihi Romae summo studio ac labore confeceram*»¹.

¿Qué llevaba en aquella biblioteca? Sobre todo libros de literatura profana. Porque hasta entonces el futuro *Doctor Maximus in exponendis Sacris Scripturis* había sido un lector empedernido de los autores clásicos. Irá al desierto, y todavía en aquella soledad mezclará la penitencia con su lectura. «*Itaque miser ego, lecturus Tullium ieiunabam*: Mi afición a mi biblioteca de Roma era tal, que ayunaba y leía a Tulio. Lloraba mis pecados durante la noche *et Plautus sumebatur in manus*, y tomaba a Plauto en las manos. Si alguna vez vuelto en mí mismo empezaba a leer los profetas, *sermo horrebat incultus*, me daba en rostro su estilo inculto»².

Necesitó de un sueño misterioso que le destetase, por decirlo

¹ *Ad Eustochium*. Epist. XXII; P. L. Migne, t. XXII, col. 394.

² *Ib.*

así, de la leche de esta literatura culta y elegante, para que se diese a comer con la misma avidez el manjar de fuertes que la Providencia le tenía preparado. Oigámosle a él mismo contar este sueño trascendental en su vida.

El sueño misterioso.

«Era a mediados de Cuaresma. Una fiebre maligna hizo presa en mi cuerpo ya exhausto y me fué consumiéndome hasta dejarme casi en los huesos. Ya empezaban a prepararme el entierro. Mi cuerpo todo frío no daba más señales de vida que las palpitaciones del corazón. En esto me encuentro de repente ante el tribunal de un juez: había tanta luz, era tal el resplandor que salía de los circunstantes, que postrándome en tierra, no me atrevía a mirar para arriba. —¿Qué eres tú?, me preguntan—. Respondo que cristiano. —*Mentiris, Ciceronianus es*, —dice el juez— *non Christianus*; mientes, eres Ciceroniano, no Cristiano. Porque donde está tu tesoro allí está tu corazón.

Enmudecí, y entre los azotes —pues me mandó azotar— sentía mucho más la voz de la conciencia que me traía al oído aquel versículo: «¿En el infierno, quién te confesará?» Empecé a gritar y a decir: Compadécete de mí, Señor, compadécete de mí. Y se oía mi voz entre los azotes. Hasta que se echaron los circunstantes a los pies del juez, y le pidieron que se compadeciese de mi juventud, y diese al descarriado ocasión de arrepentimiento. Que luego pagaría la pena, *si gentilium litterarum libros aliquando legissem* —si volvía a leer alguna vez las obras de los autores gentiles. Yo en tan críticas circunstancias estaba dispuesto a prometer todavía más, y empecé a jurar, poniéndole por testigo: *Domine, si unquam habuero codices saeculares, si legero, te negavi*: Sí, Señor, si alguna vez vuelvo a tener libros profanos, si los vuelvo a leer, he renegado de ti. —Ante tal juramento, me dejan libre, y me encuentro entre los vivos. Ante la admiración de todos abro los ojos, tan regados de lágrimas que hasta los incrédulos hacen fe de lo grande de mi dolor. Y que aquello no fué una imaginación, ni un sueño vano como los que tantas veces nos engañan, lo prueban el tribunal ante que me postré y el

juicio por que temblé. Ojalá nunca vuelva yo a encontrarme en un juicio así, con las espaldas acardenaladas y los dolores de los azotes después del sueño»³.

«*Crevit puer et ablactatus est*», creció el niño y fué destetado»⁴. A S. Jerónimo como a Isaac lo destetaron mayorcito, *et tanto dehinc studio divina legisse, quanto non ante mortalia legeram*, y fué tanto lo que leí después de letras divinas, cuanto no había antes leído de literatura profana»⁵. Es que la literatura clásica es—para usar una frase de Cicerón *quasi nutrix eius oratoris quem informare volumus*—como la nodriza del futuro escriturario, *quod educata huius nutrimentis eloquentia*, que una vez sacado de la infancia con esta leche, *ipsa se postea colorat et roborat*, luego él se encarga de robustecerse y echar colores. Por eso *non alienum fuit de oratoris quasi incunabulis dicere*, no es inoportuno hablar de la cuna del gran escriturista»⁶.

De Yugoslavia a Roma.

«Oigo que tienes una madre piadosa—pudiéramos decirle aplicándole las palabras que él dirigía a otro—una madre que supo instruir y educar a su hijo, y después de cursar los estudios en tu tierra donde tan florecientes están, te envió a Roma, sin mirar a gastos, y se resignó a la ausencia del hijo con la esperanza de futuros bienes—*spe futurorum*—para sazonar con la gravedad romana la brillantez y facundia del estilo galo—*ut ubertatem Gallici nitoremque sermonis, gravitas romana condiret*—. No para ponerte espuelas, sino freno, como leemos de grandes oradores griegos, que reprimían la redundancia asiática con la sal ática, y podaban la lozanía de su viña para que el lagar de su elocuencia rebosase no con pámpanos de palabras, sino con racimos de uvas, es decir, de

³ Ib.

⁴ Gen. XXI, 8.

⁵ *Ad Eust.* ib.

⁶ Cic. *Orator*, c. VII.

ideas—*ut eloquentiae torcularia, non verborum pampinis, sed sensuum, quasi uvarum expresionibus redundaret*⁷.

S. Jerónimo no era de las Galias. Era de Dalmacia, la actual Yugoslavia. Allí en el pequeño pueblo de Estridón, dejaba un padre, una madre, una hermana y un hermano. Le acompañaba a Roma su amigo de la infancia Bonoso, «mecido en los mismos brazos y amamantado en los mismos pechos—*iidem nos nutricum sinus, iidem amplexus fuerint baiulorum*—⁸, iban a Roma, *veluti ad primariam eo saeculo tum religionis, tum eruditionis magistram*, como a la sede en aquel siglo de la religión y de la cultura»⁹.

El joven provinciano de 18 años no perdió el tiempo en Roma. Su laboriosidad se trasluce en aquel pasaje de su 1.^a Apología contra Rufino: «Supongo que de joven leerías los comentarios de Aspro sobre Virgilio y Salustio, los de Vulcacio sobre los discursos de Cicerón, los de Victorino sobre los diálogos del mismo, los de mi maestro Donato sobre las comedias de Terencio y también sobre Virgilio, y los de otros comentaristas sobre otros autores»¹⁰.

Los domingos visitaba las catacumbas.

«Siendo muchacho y estudiando en Roma las artes liberales, solía visitar los domingos con otros compañeros míos los sepulcros de los apóstoles y de los mártires. Y con frecuencia entrábamos en las criptas, que excavadas por debajo tierra presentan sendas series de sepulcros a lo largo de las paredes, a uno y otro lado del que entra. Tan oscuro está todo, que parece cumplirse aquel texto del profeta: *Descendant ad infernum viventes*. De trecho en trecho entra por arriba un poco de luz, que ahuyenta el horror de las tinieblas, pero más que ventana dirías que aquello es luz de algún agujero. Hasta que luego otra vez se tiene que ir poco a poco y palpando, en medio de una oscura noche que recuerda aquello de Virgilio: *Horror ubique animos, simul ipsa silentia terrent*»¹¹.

⁷ *Ad RUSTICUM*.

⁸ *Ad RUFINUM*.

⁹ *Eximii Doctoris HERONYMI... vita... per.. Erasmus Roterodamum, Lugduni, M. D. XXX*. Al frente del t. I de su edición de S. Jerónimo.

¹⁰ *Apol. 1.^a adv. RUFINUM*.

¹¹ *Comment. in EZECHIEL, 40: Et ecce murus...*

El joven católico ávido de saber se perfeccionó primero en Gramática con el célebre Donato, luego en Retórica tal vez con el no menos célebre Victorino, y por último en Filosofía. No perdonó trabajo por que su formación literaria fuese lo más perfecta posible—*in profanis litteris ad plenitudinem eruditus*—y a esta su formación y a estos sus profesores, debemos al incomparable Doctor de la Iglesia. *Horum institutioni debemus incomparabilem Ecclesiae Doctorem*»¹².

Efectivamente: «Il suivit, escribe J. Forget en el Diccionario de Teología Católica, il suivit assidûment les cours de grammairiens, des rheteurs et des philosophes, qui étaient à sa portée, s'adonnant en outre à la lecture des auteurs, tant grecs que latins, tant poètes que moralistes, penseurs ou historiens. Des lors aussi, épris de livres, il ne dédaignait pas d'en copier beaucoup de sa main, pour se former une bibliothèque»¹³.

Terminada su carrera, pensó en un viaje de ampliación de estudios —*ut lustrandis regionibus sapientiae supellectilem redderet auctiorem*—. También en la antigüedad Pitágoras, Platón y otros grandes hombres recorrieron el mundo para instruirse. Salió, pues, a recorrer todas las Galias: visitó los personajes más célebres por su virtud y por su ciencia —*congressus cum his, quos vel eruditio, vel integritas morum reddiderat insignes*— curioso con avidez de bibliófilo todas las bibliotecas —*studiose lustratis bibliothecis omnibus*—¹⁴ y aún sacó tiempo para copiar de su puño y letra tomos tan ingentes como el de S. Hilario sobre los Concilios que copió en Tréveris: *prolixum valde librum de Synodis sancti Hilarii, quem apud Treviros manu mea ipse descripseram*»¹⁵.

¹² ERASMUS, *ib.*

¹³ VACANT, *Dictionnaire de Théologie Catholique*, t. VIII, col. 894-895.

¹⁴ ERASMUS, *ib.*

¹⁵ *Ad FLORENTINUM*.

4. Camino del desierto.

Jerónimo tiene ya 30 años. Está amplísimamente formado. Hora es ya de pensar en su porvenir. ¡Maravillosos caminos de la Providencia! El joven de tan brillante carrera decide retirarse a las soledades del desierto, para dedicarse más plenamente a Dios y a los libros. Porque los libros, eso no, S. Jerónimo no los abandonará nunca. Su querida biblioteca de Roma le acompañará hasta que muera a los 91 años. Ella será con su literatura profana, en frase del mismo S. Jerónimo, «como la cautiva gentil que pasa purificada a formar parte del pueblo escogido —*de ancilla atque captiva Israelitidem facere cupio*—. Ella será la que en los 60 años que le quedan de vida le darán al solitario de Oriente los hijos literarios cristianos que como renuevos de oliva alegrarán la Iglesia de Dios —*et mixtus purissimo corpori vernaculos ex ea genero Domino Sabaoth*»¹⁶.

«L' intention de Jérôme —dice Forget— était de gagner la Syrie, et peut-être la Palestine. Mais, toujours avide de voir et de s' instruir, il fit route par le Pont, la Thrace, la Bithynie; il traversa la Galatie et la Cappadoce, puis la Cilicie et une partie de la province syrienne, et il arriva ainsi à Antioche»¹⁷.

De Antioquía se retiró «*in eam partem eremi, quae iuxta Syriam Saracenis iungitur*, a la parte del desierto de Siria que colinda con la Arabia o los Sarracenos», donde al poco tiempo debió tener lugar el célebre sueño que le destetó de los clásicos, pero no de los libros, a los que siguió aficionadísimo, convirtiendo a la literatura sagrada toda su afición por la literatura profana. El mismo es quien nos lo ha dicho: *Et tanto dehinc studio divina legisse, quanto non ante mortalia legeram*. Sorprendámosle un momento en las soledades del desierto, para conservar una instantánea del solitario bibliófilo. Está escribiendo a su amigo Florentino a Jerusalén:

«Te ruego y te suplico que le pidas a Rufino —otro amigo— que te preste para copiar los comentarios del venerable Reticio,

¹⁶ *Ad Magnum Oratorem Urbis Romae*, ep. LXX.

¹⁷ VACANT, *ib.* col. 895.

Obispo de Autún, en los que explica *sublimi ore* el Cantar de los Cantares. También me escribió otro de la tierra de Rufino, el anciano Paulo, que el tal Rufino le tiene el códice suyo de Tertuliano, *quem vehementer reposcit*, cuya devolución reclama. *Et ex hoc quaeso, ut eos libros quos me non habere brevis subditus edocebit, librarii manu in charta scribi iubeas*, y con esta ocasión te pido que los libros que sepas que yo no tengo, me los hagas copiar. Mándame también la interpretación de los Psalmos de David y el enorme tomo —*prolixum valde*— de S. Hilario sobre los Concilios que para él copié yo mismo en Tréveris. *Nosti hoc esse animae pabulum, si in lege Domini meditetur die ac nocte*. Ya sabes que éste es el alimento del alma, el meditar en la ley del Señor de día y de noche. A otros hospedas en tu casa, los socorres, los ayudas. *Mihi si rogata praestiteris, cuncta largitus es*, a mí con que me mandes lo que te he pedido, ya me has dado todo lo que me puedes dar. *Et quoniam largiente Domino, multis sacrae bibliothecae codicibus abundamus, impera vicissim, quodcumque vis mittam*. Y como gracias a Dios, no escasean ni mucho menos los códices en mi santa biblioteca, pídemetú también, que te mandaré cuanto pidas. *Nec putes mihi grave esse, si iubeas*, y no creas que me vas a molestar porque pidas. *Habeo alumnos, qui antiquariae arti serviunt*, tengo discípulos que se encargan de copiar. *Neque vero beneficium pro eo quod polliceor postulo*. Ni creas que te ofrezco para poderte pedir. *Heliodorus frater mihi indicavit te multa de scripturis quaerere, nec invenire*. Sé por Heliodoro que buscas muchas obras de la Escritura, y que no las encuentras. *Aut si omnia habes, incipit sibi charitas vindicare, plus petere*, o si lo tienes todo, es que la caridad empieza a vengarse y a pedir más.¹⁸

5. Dos anécdotas.

Cinco años duró esta primera estancia de S. Jerónimo en Oriente, y de ella nos cuenta ya viejo dos anécdotas no ajenas a nuestro intento. Oigámoslas de sus labios.

¹⁸ *Ad FLORENTINUM*, Ep. *In ea mihi...*

Anécdota primera: «Siendo joven, y estando en medio del desierto, no podía aguantar los incentivos de los vicios y el ardor de la naturaleza, que mientras más la quebrantaba con frecuentes ayunos, más ardía mi mente en malos pensamientos. Para domarla me puse a estudiar hebreo con un judío creyente, *«ut post Quintiliani acumina, Ciceronis fluvios, gravitatemque Frontonis, et lenitatem Plinii, alphabetum discerem*, para estudiar otra vez el alfabeto después de las agudezas de Quintiliano, los ríos de Cicerón, la gravedad de Frontón y la placidez de Plinio... Lo que aquello me costó, las dificultades que tuve que vencer, las veces que me desanimé, las veces que lo dejé, *et contentione discendi rursus inceperim*, y por el afán de saber las veces que volví a empezar! Sólo yo lo sé y los que estaban conmigo. Pero doy gracias a Dios, *quod de amaro semine litterarum, dulces fructus capio*, porque de la amarga semilla de las letras, cosecho dulces frutos»¹⁹.

Anécdota segunda: El primer ensayo del gran Escriturista. «En mi juventud, llevado de mi entusiasmo por las Escrituras, me puse a interpretar alegóricamente a Abdías, sin conocer su historia... *Litteras saeculi noveram, et ob id putabam me librum legere posse signatum*. Como sabía letras profanas, creía que podía también leer un libro sellado... No esperaba yo que había de salir de mi escritorio aquel ensayo, *sperabam in scriniolis latere quod scripseram*, y había pensado *quemar aquel primer atrevimiento de mi pobre ingenio, et ingenioli mei primam temeritatem ignibus voveram*, cuando he aquí que cuando menos lo pienso se me presenta con una copia un joven de Italia de la misma edad que tenía yo cuando le escribí, *laudante opusculum meum*, alabándome mi opúsculo. *Fateor, miratus sum*, confieso que me extrañé, *quod quantumvis aliquis male scripserit*, de que por mal que uno escriba *invenit similem lectorem sui*, no deja de encontrar un lector como él. *Ille praedicabat, ego erubesceram*; él lo ponderaba, yo me enrojecía; *ille quasi mysticos intellectus ferebat ad caelum*, él ponía por las nubes aquellas inteligencias cuasi místicas, *ego demisso capite confiteri meum pudorem*

¹⁹ *Ad RUSTICUM, Epist.: Nihil Christiano...*

prohibebat, yo bajando la cabeza, no me atrevía a confesar mi vergüenza.

«¿*Quid igitur? ¿Condemnamus in quibus pueri lusimus? ¿Pero qué? ¿Es que condemo aquellos mis juegos de niño? Minime. De ninguna manera... Cum essem parvulus, ut parvulus loquebar... postquam factus sum vir, quae parvuli erant deposui*, cuando era niño, hablaba como niño, una vez que me he hecho hombre, dejé las cosas de niño. Además en el tabernáculo de Dios, sabemos que se ofrecía oro y pelos de cabra —*et aurum et pilos caprarum similiter oblatos*.— Y en el Evangelio leemos también que los dos ochavos de la viuda pobre se estimaron en más que las riquezas de los ricos. Así yo dí entonces también lo que tenía. Y ahora que hemos adelantado algo, le devuelvo al Señor lo suyo. Porque por la gracia de Dios soy lo que soy.

«No niego que en estos treinta años he sudado trabajando por su obra—*nec diffiteor per hosce triginta annos in eius opere me hoc labore sudasse*. Pero aquel ensayo pertenece al tiempo en que acabábamos de salir de las clases de retórica, *hoc est illud tempus... quo egressi scholam rhetorum*, cuando mi querido Heliodoro y yo aspirábamos a habitar juntos en la soledad de la Calcis de Siria. *Quod putabam latere, vulgatum est*, lo que creía que estaba oculto, se ha divulgado. Repasaré el trabajo antiguo, redondearé un poco mejor la letra. *Infans eram, necdum scribere noveram*, era niño, aún no sabía escribir, *titubabat manus, tremebant articuli*, me temblaba el pulso, fallaba la mano. Ahora, aunque no haya aprendido nada más, ya sé aquello de Sócrates: *Scio quod nescio*, sé que no sé. *Dicit et Tullius tuus*, también tu Tulio dice que *adolescentulo sibi inchoata quaedam et rudia excidisse*, siendo joven le salieron algunos ensayos primerizos y verdes. Si esto dice Cicerón de los libros de Herenio y de los de Retórica, *quos ego vel perfectissimos puto*, que a mi juicio son tan perfectos, comparándolos con los que produjo con la experiencia de anciano, con cuánta mayor razón podré decir yo *et illud fuisse puerilis ingenii et hoc maturaе senectutis?* que aquella mi primera exposición de Abdías es fruto de mi ingenio niño y ésta de mi ingenio maduro? Lo mismo le pasó a Tertuliano con su obra contra Marción, y a Orígenes con el Cantar de los

Cantares, y a Quintiliano con los XII libros de sus *Institutiones Oratoriae. Ex quibus perspicue ostenditur unamquamque aetatem in suo esse perfectam*, por donde se ve que cada edad es perfecta en su género»²⁰.

O como dijo Cicerón de sus primeros ensayos oratorios: *sunt enim omnia sicut adolescentis, non tam re et maturitate, quam spe et exspectatione laudati*, en todo se ve a un joven que promete, más que frutos, llevaba flores». Y Menéndez Pelayo en la segunda edición de los Heterodoxos:

«He retocado ligeramente el estilo, borrando muchos rasgos que hoy me parecen de *mal gusto y de candidez infantil*... Esta operación, aunque extensa, no ha sido muy intensa, por no querer privar al libro de uno de los pocos méritos que puede tener, es decir, de la espontaneidad y frescura que a falta de otras condiciones suele haber en los frutos primerizos del ingenio. Por lo mismo que no se escribe de igual suerte a los veinte años que a los cincuenta,.. Páginas hay en este libro que me hacen sonreír y sin embargo las he dejado intactas porque el libro tiene su fecha... de un mozo de veintitrés años...»²¹.

Lo importante para nosotros es, que como escribe un biógrafo, ya en el desierto de Siria *lectioni miscebat scribendi studium*, mezclaba ya con el estudio y la lectura el ejercicio de escribir, *ceu iam tum velitans ac praeludens tractandis litteris divinis*, datando de entonces los primeros ensayos y escaramuzas de sus tratados escriturísticos. *In quo sic licet agnoscere tyronem, ut tamen appareat, qualis sit futurus imperator*, es todavía un recluta, pero un recluta que revela a un general»²². Esto es lo importante para nosotros. Y lo más importante, la causa que le movió a escribir de estas cosas, revelada por el mismo Santo Padre: «*Littēras saeculi noveram, et ob id putabam me librum legere posse signatum*, como estaba formado en las letras clásicas, creía que podía entender por esto un libro sella-

²⁰ *In Abdiam Prophetam, ad Pammachium prooemium.*

²¹ *Historia de los Heterodoxos Españoles*, Madrid, VICTORIANO SUAREZ, 2.ª Edición, t. I, p. 36.

²² ERASMO, *Vita Hieronymi*... ib.

do» Es decir, que la formación clásica fué la «nodriza» del gran escritor, la «cuna» del *Doctor Maximus*. Que es lo que dijo su biógrafo: «*Horum institutioni debemus incomparabilem Ecclesiae doctorem*, a esta formación debemos el incomparable Doctor de la Iglesia»²³.

Sus salidas del desierto.

Pero el desierto no fué para S. Jerónimo nada más que el noviciado. Pronto salió de allí; primero a Antioquía, donde el obispo Paulino quería ordenarle de sacerdote. Gracia que S. Jerónimo no aceptó sino a condición de seguir monje como antes, sin quedar atado a ninguna iglesia particular, ni obligado a ejercitar en ella su ministerio.»²⁴ «*Hieronimo placuit summa libertas*²⁵ dice un biógrafo: a S. Jerónimo le gustaba estar enteramente libre para dedicarse a Dios y a sus libros, en consonancia con la gran misión a que Dios le destinaba en la Iglesia.

Treinta y cinco años tenía el santo cuando fué ordenado de sacerdote. Aprovechando su libertad, salió al año siguiente para Constantinopla para hacerse discípulo de su Patriarca, S. Gregorio Nacianceno, *virum eloquentissimum. Quis apud latinos par sui est? ¿Quién hay igual a él en la Iglesia latina? Quo ego magistro glorior et exulto*, pues de ese me glorío y me enorgullezco yo de ser discípulo²⁶.

De Constantinopla, a los dos años, le llevó consigo a Roma el Obispo que le había ordenado de sacerdote, para tomar parte en un Concilio que acababa de convocar el Papa español S. Dámaso. Del Concilio salió Secretario del Papa. Tan prendado quedó San Dámaso de su erudición y seguridad de doctrina que quiso tenerle a su lado para aprovechar su talento y su saber²⁷. El joven Secre-

²³ Ib.

²⁴ VACANT, *Dict. de Théol. Cathol.*, t. VIII, col. 896.

²⁵ ERASMO, *Vita Hieronymi*, ib.

²⁶ *Adv. RUF.* I, 13. Migne, P. L., t. 23, p. 404.

²⁷ VACANT, ib. col. 896.

tario del Papa se llevaba tras sí las simpatías de toda Roma—*totius in me urbis studia consonabant*—hasta le señalaban ya como futuro Papa —*omnium paene iudicio dignus summo sacerdotio decernere*— le llamaban santo, humilde, sabio —*dicebar sanctus, humilis et disertus*—. Pero muere el Papa a los tres años y se desata contra el indefenso secretario una tempestad de mal disimulados odios. ¿Qué había pasado? Que S. Jerónimo había introducido en Roma el monacato entre las mujeres, y habían sido no pocas las matronas y doncellas de las familias nobles de Roma que habían dejado el mundo por el claustro, y eran por lo tanto muchos los que se creían perjudicados con esto que ellos juzgaban exceso de fervor.

S. Jerónimo, más disgustado también del mundo que nunca, se resolvió a volver otra vez y para siempre a su amada soledad del Oriente. Tenía 41 años. Así iba el Señor guiando su vocación.

Otra vez de Roma al Oriente.

¿Quieres saber mi itinerario cuando salí de Roma? le dice a Rufino, su antes amigo y después su mayor enemigo. Te lo contaré brevemente. Era el mes de agosto. Soplaban los vientos etesios. En compañía del santo presbítero Vicente, de mi hermano menor y de otros monjes que ahora están en Roma, tomé tranquilo el barco en el puerto de Ostia, ante gran muchedumbre de hermanos que habían salido a despedirme. Llegué a Regio, me detuve en la costa de Escila *ubi veteres didici fabulas*, donde escuché las fábulas antiguas, *et praecipitem fallacis Ullis cursum*, y el rápido viaje del astuto Ulises. Muchas cosas me contaron aquellos habitantes... Proseguí a Chipre, donde me hospedó el Venerable Obispo Epifanio, pasé a Antioquía, donde me honró con su trato el Obispo Paulino, en compañía del cual llegué en medio del invierno y con grandísimo frío a Jerusalén. Presenció muchos milagros, y pude comprobar por mí mismo lo que sabía por la fama. De allí continué hasta Egipto, recorrí los monasterios de Nitria ²⁸.

²⁸ *Apolog. adv. RUF.*

«A S. Jerónimo — escribe Forget— le llevaba a Egipto no sólo el recuerdo de la Sagrada Familia y el deseo de edificarse con el espectáculo de los anacoretas, sino también la esperanza de poder consultar en Alejandría al ciego Dídimo, el más célebre representante entonces de las tradiciones del Didascalion o Escuela Católica de Alejandría.»²⁹ «Dídimo el Alejandrino —nos dice el mismo S. Jerónimo— perdió la vista muy joven, y por eso no pudo aprender las primeras letras, pero con gran maravilla de todos, llegó después a aprender con toda perfección la Dialéctica y hasta la Geometría, que más que ninguna necesita de la vista. Escribió muchas obras y muy notables: Comentarios sobre todos los salmos; comentarios sobre los Evangelios de S. Mateo y S. Juan De dogmática, dos libros contra los arrianos, uno sobre el Espíritu Santo que traduje yo al latín, dieciocho tomos sobre Isaías, tres libros de comentarios sobre Oseas que me dedicó a mí; cinco libros, a petición mía, sobre Zacarías; e infinitos otros que exigirían para enumerarlos un catálogo especial. Vive todavía al tiempo que esto escribo, y tiene ochenta y tres años cumplidos»³⁰.

En Belén. Las tres semblanzas.

«De Egipto con paso rápido volví a mí Belén, donde veneré el pesebre y la cuna de mi Salvador. *Nec me tradidi otio, sed multa didici quae antea nesciebam*, y en Belén no me entregué al ocio, sino que me puse a aprender muchas cosas que ignoraba».³¹

Desde ahora y para siempre el nombre de S. Jerónimo irá unido al de Belén. «En este punto edificamos un monasterio con una posada adjunta, *ne forte et modo Joseph cum Maria in Bethleem veniens non inveniatur hospitium*, no sea que vuelvan otra vez José y María a Belén y no encuentren posada»³². De todo el mundo católico le llo-

²⁹ VACANT, *id.* col. 897.

³⁰ *Catalogus Scriptor. Eccles.*

³¹ *Apolog. adv. RUF.*

³² *Ad Pammachium. Epist. Sanato vulneri...*

vían peticiones para ingresar en aquel monasterio, *tantis de toto orbe confluentibus turbis obruimur monachorum...*»³³.

Además del monasterio de hombres, Santa Paula fundó otro de mujeres, o mejor otros tres. «*Post virorum monasterium, quod viris tradiderat gubernandum, plures virgines quas e diversis provinciis congregarat, tam nobiles, quam medii et infimi generis, in tres turmas monasteriaque divisit*»³⁴.

«Todo el tiempo lo consagraban al canto de los salmos, a la traducción de las obras religiosas o a la explicación de las Sagradas Escrituras que S. Jerónimo enseñaba diligentemente a hombres y mujeres»³⁵.

A propósito de la cultura que S. Jerónimo difundía a su alrededor, merecen citarse dos o tres anécdotas que él nos cuenta relativas a estas nobles matronas de Roma.

De Santa Paula: «Sabía de memoria las Sagradas Escrituras. Le gustaba la historia, que llamaba cimiento de la verdad, pero seguía más el sentido espiritual, que era como el techo que defendía la edificación de su alma. Y me pidió que le explicase a ella y a su hija el antiguo y nuevo Testamento. Se lo negué por vergüenza, pero en vista de su interés y sus muchas súplicas se lo concedí. Para enseñar lo que había aprendido, no de mí mismo, es decir, de mi presunción, pésimo maestro, sino de los hombres más ilustres de la Iglesia. Si alguna vez dudaba y confesaba ingenuamente que no sabía, no se quedaba contenta, sino que a fuerza de preguntas me obligaba a que la dijese cuál era la opinión que a mi juicio debía preferirse entre las de los distintos autores. Diré otra cosa que tal vez a los contrarios les parecerá increíble. Quiso aprender la lengua hebrea, que yo de joven a fuerza de trabajos y sudores logré en parte aprender, y que no dejé con infatigable estudio, no sea que me deje a mí; y ella lo consiguió de modo que cantaba los salmos en hebreo, y lo

³³ Ib.

³⁴ *Epitaphium Paulae.*

³⁵ ERASMO, Vita...

pronunciaba sin ningún^o dejo latino. Y esto mismo vemos hoy también en su santa hija Eustoquio³⁶.

De Marcela: «En aquel tiempo ninguna mujer noble de Roma conocía el instituto monacal, ni se atrevía por la novedad del caso a seguir una vida tenida entonces por ignominiosa y vil ante el pueblo. Marcela la aprendió de unos sacerdotes de Alejandría y del Papa Atanasio y después de Pedro, que escapando de la persecución arriana, se habían refugiado en Roma como en el puerto más seguro de la fe; de éstos aprendió la vida del bienaventurado Antonio entonces todavía vivo, y la profesión monacal de los monasterios de Pacomio en la Tebaida, y la manera de vivir de las vírgenes y viudas. Y no se avergonzó de profesar lo que vió que agradaba a Cristo. Muchos años después la imitaron Sofronia y otras... Amiga de ella fué la venerable Paula. En su casa se crió Eustoquio, gloria de la virginidad; de modo que se puede decir: «*Qualis magistra, ubi tales discipulae*. Qué tal será la maestra, cuando son tales las discípulas». Pues bien, habiéndome llevado a Roma las necesidades de la Iglesia, con los santos Obispos Paulo y Epifanio, pastor el primero de Antioquía de Siria, y el segundo de Salamina de Chipre, *et verecunde nobilium matronarum oculos declinarem*, y procurando yo ocultarme modestamente a los ojos de las mujeres nobles, *ita egit secundum Apostolum opportune importune*, supo cumplir tan bien lo del Apóstol de oportuna e importunamente, *ut pudorem meum sua superaret industria*, que supo con su habilidad triunfar de mi modestia.

Y como entonces me tenían por algo en el estudio de las Sagradas Escrituras, *et quia alicuius tunc nominis esse existimabar super studio scripturarum*, nunca vino a verme que no me preguntase algo de las Escrituras. Ni se satisfacía enseguida, sino que al contrario proponía dudas: no por disputar, sino para conseguir con sus preguntas solución a las dudas que veía se podían poner... Sólo diré, que *quidquid in nobis longo fuit studio congregatum*, cuanto yo había logrado aprender con largos estudios y diario trabajo, *et meditatione diuturna quasi in naturam versum*, y había como asimila-

³⁶ *Epitaphium Paulae*.

do a fuerza de meditar, *hoc illa libavit, didicit atque possedit*, todo eso lo gustó, lo aprendió, se lo apropió. Hasta tal punto que después de salir yo de Roma, cuando se suscitaba alguna cuestión sobre algún texto de la Escritura, *ad illam judicem pergeretur*, acudían a ella como a juez. Y como era muy prudente y conocía lo que los filósofos llaman τὸ πρέπον, es decir, lo que está bien, la discreción, solía contestar a las preguntas de manera que aun lo suyo no lo daba como suyo, sino como mío o de algún otro. Y en lo mismo que enseñaba, se profesaba discípula»³⁷.

Anécdota tercera. De Blasila, hija de Santa Paula, muerta en Roma durante la estancia allí de S. Jerónimo: «¿Quién recordará sin dolor sus ansias de oración, su expedición de palabra, su buena memoria y su agudo ingenio? Si la oías hablar en griego, dirías que no era latina; si en latín, no se le notaba ningún dejo extraño. Más aún: lo que hasta en el célebre Orígenes admira la Grecia entera, en unos pocos no ya meses sino días venció de tal modo las dificultades de la lengua hebrea, que competía con su madre en aprender y cantar los salmos»³⁸.

El profesor de clásicos.

Pero S. Jerónimo en Belén no sólo enseñaba las Sagradas Escrituras a los moradores de ambos monasterios, sino que junto a la Cuna del Salvador había reunido una como escuela de niños a los cuales el mismo S. Jerónimo explicaba los autores clásicos. Es su adversario Rufino el que escandalizado se lo echa en cara:

«*Quod in monasterio positus in Bethleem, ante non multo adhuc tempore, partes Grammaticas executus sit*, se ha puesto a hacer de maestro de gramática, *et Maronem suum, Comicosque ac Lyricos et Historicos Auctores, traditis sibi ad discendum Dei timorem puerulis exponebat*, y a unos niños que le entregaban para que los enseñase el temor de Dios, les explicaba a su Marón —Virgilio—, y a los Autores cómicos, líricos e historiadores. *Scilicet et ut praeceptor*

³⁷ *Marcellae Viduae Epitaphium*

³⁸ *Ad Paulam super obitu Blasillae filiae.*

fieret Auctorum Gentilium, claro está, para hacerse hasta profesor de los Autores Gentiles, que había jurado no leer siquiera»³⁹.

Tan poco le preocupa este delito, dice un biógrafo, —de haberse hecho a sus años y a su altura profesor de clásicos para niños—, que ni siquiera se digna responder a él. Si S. Pablo se gloriaba de hacerse todo a todos, para ganarlos a todos, ¿qué delito hay en que S. Jerónimo, deseoso de ayudar a todos, se acomodase a toda nación, a todo sexo y a toda edad?»⁴⁰.

Contesta sin embargo a otros dos cargos relacionados con esto, y muy interesantes para nosotros. Primero, al uso que hace de sus conocimientos clásicos en sus escritos. Segundo, el valor que da al célebre sueño *Ciceroniano*.

Los escritos de S. Jerónimo están cuajados de reminiscencias clásicas. ¿Qué haces, alma mía? —Exclama en su carta de pésame a su amigo Heliodoro por la muerte de Nepociano— *Excideruntne tibi praecepta rhetorum?* ¿Es que se te han ido los preceptos de los retóricos, y oprimida por el dolor no sabes guardar orden? *dicendi ordinem non tenes? Ubi illud ab infantia studium litterarum?* ¿Dónde está la formación literaria que aprendí desde niño? ¿Y la famosa sentencia de Anaxágoras y Telamón: Sé que he nacido mortal? He leído a Crentor cuya obra sobre la consolación imitó Cicerón. Conozco los escritos de Platón, Diógenes, Clitómaco, Carnéades y Posidonio para enjugar el llanto. Proponen el ejemplo de innumerables personajes y sobre todo de Pericles y Jenofonte el Socrático... ¿Para qué citar los grandes hombres latinos, con cuyas virtudes como otras estrellas brillan las virtudes latinas? Pulvilio, L. Paulo... Dejo los Máximos, Catones, Galos, Pisones, Brutos, Escévolas, Metelos, Escauros, Marios, Crasos, Marcelos y Aufidios, cuya virtud no brilló menos en el luto que en la guerra, y cuyas desgracias de familia cuenta Tulio en su libro de la *Consolación*, *ne videar potius aliena quam nostra quaesisse*. Todo esto lo omito no parezca que pido a los gentiles lo que tenemos nosotros. *Quanquam et haec in sugillationem nostri breviter dicta sint, si non praestet fides quod*

³⁹ RUFINUS, *Apol.*, lib. Sec. Migne, P. L., t. 21. p. 586.

⁴⁰ ERASMO, *Vita...*

exhibuit infidelitas. Aunque esto también quede brevemente dicho para confusión nuestra, si no da la fe lo que ofreció la infidelidad. *Igitur ad nostra veniamus*. Vengamos pues a los Cristianos»⁴¹.

Esto le escandalizaba a Rufino, y encontró un echadizo que presentara a S. Jerónimo esta queja en un profesor de oratoria de Roma llamado Magno. Transcribamos íntegra la contestación de S. Jerónimo, pues es de un valor inapreciable para conocer la mente de San Jerónimo sobre la misión de la cultura clásica en la Iglesia.

Su opinión sobre el papel de la cultura clásica en la Iglesia.

«A lo que me preguntas al pie de tu carta *cur in opusculis nostris saecularium litterarum interdum ponamus exempla*, que por qué pongo a veces hechos de la literatura profana en mis escritos, *et candorem Ecclesiae Etnnicorum sordibus polluamus*, manchando así la blancura de la Iglesia con las suciedades del paganismo, recibe esta breve respuesta: Ya se ve que no lees más que a Cicerón, de lo contrario nunca me harías esa pregunta. ¡Si leyese las Escrituras Santas y manejas sus intérpretes! ¿Quién no sabe que en los libros de Moisés y de los Profetas hay cosas tomadas de los libros gentiles? ¿Qué Salomón propuso dudas y resolvió dificultades a los filósofos de Tiro? Por eso al comienzo de los Proverbios dice que entendamos el lenguaje de la prudencia, el artificio de la palabra, las parábolas, el decir oscuro, las sentencias de los sabios y los enigmas —*quae proprie dialecticorum et philosophorum sunt*—, que son propiedad de dialécticos y filósofos»⁴².

Pero hasta el Apóstol S. Pablo se sirvió de un verso del poeta Epiménides escribiendo a Tito: *Cretenses semper mendaces, malae bestiae, ventres pigri* —*κρητες ἀεὶ ψεῦσται, κακὰ θηρία, γαστέρες ἀργαί*⁴³. Hemistiquio heroico que luego usó Calímaco. También en otra carta pone el senario de Menandro: *Corrumpunt mores bonos con-*

⁴¹ *Ad HELIODORUM Epitaphium Nepotiani*.

⁴² PROV. 1.

⁴³ Tit. I, 22.

fabulationes pessimae --φθείρουσιν ἡδὲ ἰρησθ' ὁμιλίαι κακαί—. Y disputando ante los Atenienses en el Areópago invoca el testimonio de Arato: «*Ipsius enim et genus sumus*», que en griego se dice τοῦ γὰρ καὶ γένος ἐσμὲν y es un trozo de un hexámetro. Y como si esto fuese poco, *ductor christiani exercitus*, aquel jefe del ejército de Cristo y orador invicto, al defender la causa de Cristo, *etiam inscriptionem fortuitam arte torquet in argumentum fidei*, hasta una inscripción puesta al acaso la utiliza con arte en defensa de la fe.

Didicerat enim a vero David extorquere de manibus hostium gladium, porque había aprendido del verdadero David a arrancarle al enemigo las armas de la mano, *et Goliae superbissimi caput proprio mucrone truncare*, y a cortarle al soberbio Goliat la cabeza con su propia espada. Había leído en el Deuteronomio ⁴⁴ el precepto de Dios, de que a la mujer cautiva se le debe rapar la cabeza y las cejas, y cortarle el vello y las uñas, y que así se la podría tomar por esposa. *Quid ergo mirum si et ego sapientiam saecularem propter eloquii venustatem et membrorum pulchritudinem de ancilla atque captiva Israelitidem facere cupio?* ¿Qué extraño pues que también yo, encantado de la gracia y de la belleza de la sabiduría profana, haya querido hacer de ella una israelita, de criada y esclava que era? Después de haberla despojado de todo lo que tiene de mortal, de todo lo que huele a idolatría, a error, a placeres culpables, ¿no puedo yo, aliándome con ella, hacerla fecunda para el Señor? *vernaculos ex ea genero Domino Sabaoth? Labor meus in familiam Christi proficit*, mi labor aprovecha a la familia de Cristo...

A Cipriano, célebre orador y mártir, le critican —según cuenta Firmiano—, porque al escribir contra Demetriano utiliza testimonios de Profetas y Apóstoles, que éste no admitía como fingidos y falsos, en vez de testimonios de filósofos y poetas, cuya autoridad, como gentil, no podía rechazar.

Escribieron contra nosotros Celso y Porfirio. Al primero contestó con gran energía Orígenes, y al segundo Metodio, Eusebio y Apolinar. Orígenes escribió ocho libros, Metodio hasta diez mil

⁴⁴ C. 21.

versos, Eusebio y Apolinar nada menos que veinticinco o treinta volúmenes respectivamente. *Lege eos, et invenies nos comparatione eorum imperitissimos*, léelos y verás que yo no tengo cultura en comparación de ellos, sino que después de tanto tiempo que no manejo esos autores, apenas recuerdo como por sueños lo que aprendí de niño.

El Emperador Juliano sacó siete libros contra Jesucristo en la expedición contra los Partos, y conforme a las fábulas de los poetas se quitó la vida con su espada. Si quisiese escribir contra él, sin duda que me prohibirías pegar a ese perro rabioso con la doctrina de filósofos y Estoicos, esto es, con la clava de Hércules...

Josefo, para defender la tradición del pueblo judío, escribió dos libros contra Apión, gramático Alejandrino. Y son tantos los testimonios profanos que aduce que es una maravilla cómo un hombre versado desde niño en las Letras Sagradas, *Graecorum bibliothecam evolverit*, pudo conocer tanto los autores griegos.

¿Qué diré de Filón, a quien apellidan los críticos el segundo Platón o el Platón judío?

Escritores Eclesiásticos versados en la literatura profana.—Los enumeraré uno por uno: Cuadrato, discípulo de los Apóstoles y Obispo de la Iglesia ateniense, ¿no presentó un libro en defensa de nuestra religión al Emperador Adriano, predispuesto contra los misterios de la Iglesia? Y fué tal la impresión que hizo en todos que gracias a su talento superior se conjuró una persecución gravísima.

Arístides, filósofo y orador, presentó también al mismo Emperador una apología en favor de los cristianos, tejida con sentencias de filósofos.

Luego le imitó Justino, también filósofo, quien entregó a Antonino Pío, a sus hijos y al Senado, un libro contra los gentiles en defensa de la Cruz y de la Resurrección de Cristo, que proclama con toda libertad.

¿Qué diré del Obispo de Sardes, Melitón? ¿Qué de Apolinar, sacerdote de la iglesia de Hierápolis; de Dionisio, obispo de los Corintios; de Taciano, Barnesano e Ireneo, sucesor del mártir Fo-

tino? Los cuales expusieron en muchos volúmenes los orígenes de todas las herejías y las fuentes filosóficas de que brotaron.

Panteno, filósofo de la escuela estoica, fué enviado a la India por Demetrio, obispo de Alejandría, *praecipue ob eruditionis gloriam*, sobre todo por su fama de sabio, para predicar a Cristo a los Bracmanes y filósofos de aquella nación.

Clemente, presbítero de la iglesia de Alejandría, *meo iudicio omnium eruditissimus*, a mi juicio el de más cultura de todos ellos, escribió ocho libros de *Misceláneas*, y otros tantos de *Hipotyposis*, mas otro contra los Gentiles, y tres sobre el Pedagogo. *Quid in illis indoctum?* ¿Qué hay en todos ellos menos docto? *Immo quid non ex media philosophia est?* Mejor dicho, ¿qué no hay en ellos que no esté sacado del corazón mismo de la filosofía?

A su imitación escribió también Orígenes los doce libros de *Misceláneas*—*σπουδατεῖς*—comparando la doctrina de los cristianos con la de los filósofos, y confirmando los dogmas con Platón, Aristóteles, Numanio.

También escribió una obra célebre contra los gentiles Milcíades. Le siguieron Hipólito y Apolonio, senador de la ciudad de Roma, con sendas obras. Ahí están también las de Julio el Africano sobre historia universal, y las de Gregorio—S. Gregorio el Taumaturgo—célebre por sus virtudes y milagros apostólicos. Las de Dionisio, obispo de Alejandría; las de Anatolio, sacerdote de la iglesia de Laodicea; las de los presbíteros Pánfilo, Luciano, Melchor, Eusebio obispo de Cesarea, Eustaquio obispo de Antioquía, y Atanasio de Alejandría. Añádanse las de Eusebio Emiseno, las de Trífilo de Chipre, las de Arsenio de Escitópolis, las de Serapión confesor, las de Tito obispo de Bostra, y las de los Capadocios Basilio, Gregorio y Anfiloquio: *Qui omnes in tantum philosophorum doctrinis atque sententiis suos resarciunt libros*, todos los cuales tienen sus obras tan cuajadas de ideas y sentencias de los filósofos, que no se sabe qué admirar más, si la erudición profana o el conocimiento de las Escrituras—*ut nescias quid in illis primum admirari debeas, eruditionem saeculi, an scientiam Scripturarum*.

Pero vengamos a los latinos. ¿Hay nada más erudito ni profundo

que Tertuliano? Su Apologético y sus libros contra los gentiles *cunctam saeculi obtinent disciplinam*, encierran todo el saber profano. Minucio Félix, abogado del foro romano, en el libro que intituló *Octavio* y en el otro contra los Matemáticos, *quid Gentilium Scripturarum dimisit intactum?* ¿dejó nada por desflorar de la literatura pagana?

Siete libros contra los Gentiles publicó Arnobio y otros tantos su discípulo Lactancio, quien escribió además dos tomos sobre la Ira y la Obra de Dios. Pues si los quieres leer, verás que no son más que un resumen de los diálogos de Cicerón.

Al mártir Victorino en sus obras si le falta erudición no le falta voluntad de tenerla.

Cipriano con qué brevedad, con qué dominio de toda la historia, y con qué brillantez de estilo y de concepto no prueba la falsedad de los ídolos.

Hilario, confesor y obispo de mi tiempo, imitó en el estilo y aun en el ritmo los doce libros de Quintiliano, y en la breve obra que escribió contra Dióscoro el Médico, mostró de lo que era capaz en literatura.

El presbítero Juvenco puso en verso en el imperio de Constantino la historia de Nuestro Salvador, y no temió sujetar a las leyes del verso la majestad del Evangelio. Los demás los callo, muertos o vivos, *quorum in scriptis suis et vires manifestae sunt et voluntas*, en cuyos escritos aparece lo que pueden y lo que quieren poder.

Ni te desorientes en la falsa idea de que *contra Gentes hoc esse licitum, in aliis disputationibus dissimulandum*, de que cuando se habla contra los gentiles está bien esta erudición profana, pero no en otras ocasiones, *quia omnes paene omnium libri eruditionis doctrinaeque plenissimi sunt*, porque casi todos los libros de todos los autores cristianos están llenos de erudición y de saber»⁴⁵.

¿No es esta misma tesis la que quiere probar al tejer el Catálogo de los Escritores Eclesiásticos? Sólo que en la carta a Magno prueba la tesis contra los cristianos fariseos o escrupulosos desprovistos por

⁴⁵ Ep. LXX.

completo de la ciencia del siglo, y en el Catálogo la defiende contra los enemigos de la Iglesia que la acusan de inculta y oscurantista.

«Vean ahora los Celsos, los Porfirios y Julianos, esos perros rabiosos contra Cristo, aprendan todos los secuaces *qui putant ecclesiam, nullos philosophos et eloquentes, nullos habuisse doctores*, que creen que la Iglesia no tuvo ningún filósofo ni orador, ni ningún hombre sabio, aprendan qué hombres la fundaron, la levantaron y la embellecieron, *et desinant fidem nostram rusticae tantum simplicitatis arguere*, y dejen de atacar nuestra fe como propia sólo de una rústica simplicidad, *suamque potius imperitiam agnoscant*, y reconozcan más bien su ignorancia»⁴⁶.

El perjurio del sueño.

Pero Rufino no se daba por contento. Le acusaba a San Jerónimo nada menos que de perjurio, porque no cumplía el juramento aquel célebre que hizo al comienzo de su vida en el desierto, cuando el sueño que le destetó de los clásicos.

San Jerónimo contesta primero, que aun cuando aquello hubiera sido real, su promesa de no leer libros profanos se refería al futuro, no al pasado. Segundo, que aquello no pasaba de ser un sueño... Oigámosle:

«Me echa en cara un perjurio con mezcla de sacrilegio porque en el opúsculo que escribí para instrucción de una virgen de Cristo, digo que prometí en un sueño ante el Tribunal de Dios que nunca me había de dedicar a la literatura profana, y sin embargo a veces recordaba aquella erudición que condené. Este era sin duda aquel «Magno» que me suscitó aquella cuestión sin importancia, a quien contesté en un breve trabajo.

Ahora falta el contestar sobre lo del sacrilegio y perjurio de mi sueño.

Dije que no había de leer más literatura profana. Mi promesa se refería al futuro, sin querer borrar por ella el recuerdo de lo pasado. —¿Y cómo—dirás—recuerdas lo que hace tanto tiempo que no

⁴⁶ *Catalogus Scriptorum Ecclesiasticorum*, Praef.

lees?— Mira, ¿me permites que te conteste con unas palabras de esos libros viejos y te diga—con Virgilio—*adeo in teneris consuescere multum est?*⁴⁷. Si no te lo digo, me dirán que no me puedo defender, si te traigo este testimonio en mi favor, me atacarán con lo mismo que me defiende. Nada, habrá que enhebrar un discurso para probar lo que está en la conciencia de todos.

«¿Quién de nosotros no se acuerda de las cosas de su niñez? Pues para que te rías un poco en medio de esa tu gravedad, e imites siquiera a Craso que según Lucilio no se rió más que una sola vez en la vida, te diré que yo recuerdo cómo de niño andaba enredando por los cuartos de los criados, y cómo jugaba los días de fiesta, y cómo me tuvieron que llevar una vez preso y arrastrado a la escuela de mi airado dómine después de haberme arrancado de los brazos de mi abuela.

Y para que te pasmes más todavía, *nunc cano et recalvo capite saepe mihi videor in somnis comatulus*, ahora cano y calvo como estoy, muchas veces sueño que peino raya, y que voy vestido de toga a defender una causa en el foro. Claro está que al despertar me alegro mucho de no tener que echar el discurso. Son muchas las cosas, créeme, que uno recuerda de la niñez. Si hubieses aprendido la literatura, la olla de tu buen ingenio conservaría el olor de lo que tuvo en un principio. No se disuelve la púrpura de la lana con el agua. Hasta los asnos y demás animales reconocen el camino de la posada después de un largo viaje...

Aprendí en las nociones de la dialéctica que había siete clases de conclusiones; que *ἀξιωμα* significa lo que nosotros llamaríamos *pronunciatum*, que no hay oración sin verbo y sin sustantivo, los fraudes de los sofismas. Puedo jurar que desde que salí de las escuelas no he vuelto a leer estas cosas. ¿Tendré que beber agua del Leteo, como dicen los poetas, para que no me digan que sé lo que aprendí?

Pues bien; tú que me echas a mí en cara un poco de ciencia, mientras que a tí te tienes por todo un literato y un rabino, ¿por qué te atreviste a escribir tus obras y a traducir al elocuentísimo

⁴⁷ GEOGR. II.

Gregorio —S. Gregorio Nacianceno— con la misma brillantez de estilo del original? ¿De dónde te vino tanta copia de palabras, brillantez de expresión, variedad de matices, no habiendo casi probado la oratoria en tu juventud? *Aut ego fallor, aut tu Ciceronem occulte lectitas.* O yo me engaño, o tú lees a escondidas a Cicerón. ¿Y para eso me echas a mí en cara mi elocuencia y conocimiento de ese autor, para poderte gloriarte después tú sólo entre los autores eclesiásticos del río de la elocuencia?

Esta sería mi contestación si la promesa la hubiera hecho despierto. *Nunc autem novum impudentiae genus: objicit mihi somnium meum,* pero ahora, nuevo género de descaro, me echas a mí en cara un sueño. Ojalá que la celebridad de estos lugares y la concurrencia de fieles de todo el mundo me dejaran tiempo para leer las Santas Escrituras. ¡Tan lejos estoy de tener tiempo para las profanas! Pero sin embargo, quien echa en cara un sueño, debiera oír la voz de los profetas que dicen que no hay que creer en sueños, pues ni el pecado soñado me arroja al infierno, ni el martirio soñado me lleva al cielo. ¿Cuántas veces soñé que me veía muerto y enterrado? ¿Cuántas que volaba sobre la tierra y que iba por el aire sobre montes y mares? Luego obligame también a no vivir, o a llevar alas en los costados, porque muchas veces se ha dejado engañar mi imaginación con tan vanas fantasías. ¡Cuántos, ricos en sueños, al abrir los ojos se encuentran de repente mendigos! ¡Y sedientos —que apagaban la sed en un río— al despertar se encuentran con la boca seca! ¿Tú me exiges a mí que cumpla una promesa echa en sueños? Pues mira, te voy a exigir yo a tí otra que tiene más fundamento. ¿Has hecho tú todo lo que prometiste en el bautismo? ¿Hemos cumplido tú y yo todo lo que impone el nombre de monje? Mira no sea que por la viga que llevas en tus ojos no veas mi paja. No te basta lo que inventas de mí despierto, tienes que acudir también a mis sueños. Tanto te interesan mis actos, que tienes que examinar lo que dije o no dije en sueños.»⁴⁸

«Grande fué mi delito porque a unas doncellas y vírgenes de

⁴⁸ *Adv. RUF.* I, 30 y 31. Migne: P. L. t. 23, p. 421-3.

Cristo las dije que no debían leer los libros profanos, y que yo amonestado en sueños prometí no leerlos!». ⁴⁹

Con esta convicción de S. Jerónimo —de que aquella como visión no tenía más valor que un sueño— no tiene nada de extraño lo que Rufino cuenta como escandalizado. Que él vió en las celdas del Monte Olivete muchos monjes que *quamplurimos ei Ciceronis dialogos descripserunt*, que le copiaron muchos diálogos de Cicerón, cuyos cuadernos tuve yo muchas veces en mis manos y los leí mientras los copiaban, y me enteré de que les daba *mercedes multo largiores* una retribución mucho mayor de la que solían recibir por otras copias. ¿Qué más? No podrá negar que a veces cuando venía de Belén a Jerusalén traía consigo un códice en que estaba un Diálogo de Cicerón y aun otro griego de Platón y que me prestó el códice y que lo tuve por algún tiempo. » ⁵⁰

El tono en que toma S. Jerónimo la acusación de Rufino, advierte Pedro Labriolle, nos dice bastante claro cómo debemos entender su célebre sueño. La carta a Eustoquio es una de las más «brillantes» de S. Jerónimo, aunque diga al comenzar que en ella no hará ningún alarde de estilo: «*in hoc libello nulla erit rhetorici pompa sermonis*». ⁵¹ Por eso el sueño está trabajado como un trozo de antología literaria, al igual de otros muchos de la carta. Por otra parte en cuestión de sueños los antiguos se permitían más libertades de las que toleraría la crítica moderna, y era ya admitido entre ellos el dar cierta rienda a la imaginación.

«He aquí, termina diciendo Labriolle, razones bastante buenas para no conceder al célebre episodio de la carta a Eustoquio más importancia de la que S. Jerónimo mismo parece no le concedió. Cuál era el hecho real sobre el que S. Jerónimo bordó, no estamos en disposición de determinarlo. Pero lo que no parece dudoso es que el escrúpulo que tan hábilmente ha dramatizado, no haya sido para él como para tantos otros cristianos letrados de los primeros siglos, causa de bien reales y dolorosas angustias morales. ¿Hasta

⁴⁹ *Adv. RUF.* III, 32. *Ib.* p. 480.

⁵⁰ RUFINUS, *Apol.* 1. II. Migne, P. L. t. 21, p. 586 y siguientes.

⁵¹ *Ep.* XXII, 2.

qué punto un cristiano, deseoso de ser lógico, tenía derecho de complacerse en la lectura de los libros paganos, y de hacer de ellos su manjar predilecto? En su forma inicial, este problema implicaba consecuencias de gran importancia histórica: a saber, el porvenir de la cultura greco-latina, primero en el seno del mismo cristianismo, y después en la civilización europea.

«En un momento dado, la Iglesia ha sido la propietaria casi única de estos legados preciosos. Si ella lo hubiese decididamente rechazado, se hubiesen perdido para nosotros sin remisión, y el pensamiento moderno no hubiera podido, con la amplitud con que lo ha hecho, rejuvenecerse y renovarse en las fuentes antiguas. *Ciceronianus es, non Christianus!* Este reproche, más de un humanista después de S. Jerónimo escuchó sordamente en el fondo de sí mismo, y sólo a través de perplejidades a veces crueles es como se operó progresivamente la unión fecunda de la cultura antigua y del cristianismo, de esas dos grandes potencias espirituales que se creían irreductibles entre sí»⁵².

Su epitafio.

San Jerónimo vivió 91 años. Su epitafio lo podríamos tejer con palabras ajenas y con palabras propias.

Sulpicio Severo le llama el más sabio de su tiempo: «Estaba tan versado en las letras no solo latinas y griegas, sino también en las hebreas, que en ningún campo del saber se atreve nadie a comparársele —*ut se illi in omni scientia nemo audeat comparare*»⁵³.

San Agustín dice que ha leído todo cuanto se ha escrito en la Iglesia: «Perito en el griego y latín, y además en el hebreo, pasó de la Iglesia Occidental a la Oriental, y vivió en los Santos Lugares dedicado a las Sagradas Escrituras hasta edad decrépita: leyó a todos o casi todos cuantos escribieron ante él en ambas partes del orbe sobre la religión cristiana—*omnesque vel paene omnes, qui ante*

⁵² PIERRE DE LABRIOLLE, *Miscelánea Geronimiana nel XV Centenario dalla morte di San Jirólamo*. Roma, Políglota Vaticana, 1920. Ps. 227-235.

⁵³ SULP. SEV. *in Dial.* c. 4, p. 550.

illum ex utraque orbis parte de doctrina ecclesiastica scripserant, legit» ⁵⁴.

Casiodoro dice que se tenían por dichosos aquellos a quienes escribía: «Dichosos aquellos a quienes se dignaba escribir. En sus escritos mezclaba los ejemplos de los Gentiles con dulcísima variedad. —*Beati quibus scribere dignatus est... Gentilium exempla dulcissima varietate permiscuit* ⁵⁵. —Nepociano al recibir un escrito de San Jerónimo se creía más rico que Craso y que Darío—*quo suscepto, Croesi opes et Darii divitias se vicisse iactabat* ⁵⁶.

Sulpicio Severo dice que se le leía en todo el mundo: «No dudo que también vosotros le tendréis por el más sabio, por las muchas obras que ha escrito, pues se le lee en todo el mundo—*cum per totum orbem legatur*» ⁵⁷. Juicio que San Agustín—a quien San Jerónimo llamaba *aetate filius dignitate parens*: hijo por la edad y padre por la dignidad—⁵⁸ confirma con estas palabras: «O varón santo, y sinceramente amado de mi corazón como Dios lo sabe; eso mismo que pusiste en tus cartas, que tú me mostraste a mí, eso mismo exactamente creo que el Apóstol S. Pablo mostró en sus cartas, no a un solo hombre, sino a los judíos y a los griegos y a todos los gentiles hijos suyos que había engendrado en el Evangelio, y que quería dar a luz. Y después a tantos millares de fieles cristianos que le habían de suceder, por los cuales escribía aquella Epístola, *ut nihil in sua mente retineret, quod distaret a labiis*, para que no le quedase cosa en el alma, que no le saliese por los labios» ⁵⁹.

A este epitafio con textos ajenos, puede seguir el que S. Jerónimo tejió con sus propios textos. ¿No es él más bien que Heliodoro el que «con su lectura continua y meditación diaria había hecho de su pecho una biblioteca de Cristo?—*lectione assidua et meditatione diurna pectus suum bibliothecam fecerat Christi?*» ⁶⁰.

⁵⁴ AUGUST. *Lib. contra Julian*, cap. 7, p. 519.

⁵⁵ CASIODORO, *Inst. Div.*, c. 21, p. 521.

⁵⁶ *Ad HELIODORUM, Epitaphium Nepotiani.*

⁵⁷ Sulp. Sev. *in Dialog.* p. 550.

⁵⁸ Ep. CV, P. L. t. XXII, col. 837.

⁵⁹ AGUST. ep. 82.

⁶⁰ *Ad HELIODORUM, Epitaphium Nepotian.*

¿No realizó él en sí mismo este ideal que quería realizar en San Paulino de Nola?

«¡Tú que así eres de recluta, qué serás de veterano! ¡O si a mí se me diese conducir ese tu ingenio no por los montes Aonios y cumbres del Helicón, como cantan los poetas, sino por Sión, Itabario y cumbres del Sinaí. *Si contingeret docere quae didici*, si pudiera enseñarte lo que aprendí, y llevarte como por la mano por los misterios de las Escrituras, *nasceretur nobis aliquid quod docta Graecia non haberet*, tendríamos algo que no tiene la misma docta Grecia»⁶¹.

Efectivamente. «Tanta fama, dice un biógrafo, le dieron a S. Jerónimo sus libros de sin igual doctrina, que aun la misma erudita Grecia—que solía sentir disgusto por todas las literaturas de todos los pueblos—*unius Hieronimi commentarios in suam linguam transferendos curavit*, sólo los comentarios de S. Jerónimo se cuidó de traducir a su lengua, *nec puuerit totius orbis semper magistram post tot eximios scriptores ab homine Dalmata discere*, ni se avergonzó la que siempre había sido maestra del orbe entero, aprender, después de tantos escritores eximios, de un hombre Dálmata»⁶².

«*Si haberes hoc fundamentum*—prosigue S. Jerónimo en su carta a S. Paulino de Nola—. Si tuvieras este fundamento escriturístico, si le dices a tu formación la última mano, no tendríamos cosa más bella, más docta, más dulce, ni más latina que tus escritos. *Nihil sine magno labore vita dedit mortalibus*, nada da la naturaleza a los mortales sin gran trabajo. *Nihil in te mediocre esse contentus sum; totum summum, totum perfectum desidero*, no me gusta ver en tí nada mediano; en todo te deseo sumo, en todo perfecto»⁶³.

Oigámosle ahora hablar de sí mismo:

«Siendo joven, casi un muchacho, cuando con las durezas del desierto refrenaba los primeros ímpetus de mi edad retozona, escribí a tu santo tío Heliodoro una epístola exhortativa... Pero en aquella carta *pro aetate tunc lusimus*, como joven me puse a hacer frases,

⁶¹ *Ad PAULINUM*, Ep. *Bonus homo...*

⁶² ERASMO, *Vita...*

⁶³ *Ad PAULINUM*, ib.

et calentibus adhuc rhetorum studiis atque doctrinis, y calientes todavía los estudios y enseñanzas de la retórica, *quaedam scholastico flore depinximus*, me puse a embellecer algunos pasajes con flores de escuela. *Nunc iam cano capite, et arata rugis fronte*, ahora ya cana la cabeza y surcada la frente de arrugas... Aunque la vejez de los que se educaron en la juventud en las artes liberales, *eorum qui adolescentiam suam honestis artibus instruxerunt*, y han meditado en la ley del Señor de día y de noche, *aetate fit doctior*, con la edad se hace más docta, *usu tritior*, con la práctica más experimentada, *processu temporis sapientior*, con los años más sabia, *et veterum studiorum dulcissimos fructus metit*, y cosecha frutos dulcísimos de aquellos estudios viejos. Por donde de aquel sabio varón de Grecia, Temístocles, se dice que al verse morir a los ciento siete años dijo que sentía el salir de la vida entonces, cuando empezaba a ser sabio. Platón murió escribiendo a los ochenta y un años. E Isócrates gastó en la labor de enseñar y de escribir noventa y nueve años, *nonaginta et novem annos in docendi scribendique labore complevit*. Callo los demás filósofos —Pitágoras, Demócrito, Jenocrates, Zenón, Cleantes—, que ya en edad avanzada florecieron en los estudios de la sabiduría.

Vengo a los poetas —Homero, Hesíodo, Simónides, Estesícoro— que avanzados en años y cerca de la muerte, cantaron yo no sé qué canto de cisne más dulce del que solían. Sófocles por sus muchos años y descuido de la hacienda, se vió acusado por sus hijos de idiotez: él mismo leyó a los jueces la tragedia de Edipo que acaba de escribir, y fué tal el examen de sabio que dió en aquella edad ya quebrantada, que trocó la severidad del tribunal en entusiasmos de teatro. Ni es extraño, pues hasta Catón el Censor, gloria de la oratoria Romana, viejo ya no se avergonzó ni desesperó de aprender las letras griegas. Y Homero cuenta, que de los labios de Néstor, viejo ya y casi decrépito, fluía la palabra más dulce que la miel... *Quo ne de gentili tantum litteratura proferre videamur*, y para que no parezca que aducimos sólo la literatura profana, *divinorum vo-*

luminum sacramenta cognosces, oye también los ejemplos de las escrituras divinas»⁶⁴.

¿No es encantador oír hacer la apología de la vejez estudiosa a este sabio ochentón? Pero S. Jerónimo tiene otro elogio mejor, y es una carta festiva escrita a un sabio que había pasado ya de los cien. Con él cerraremos la lista de los testimonios que componen este epitafio del gran santo bibliófilo, que con un códice que había encontrado estaba tan contento *tanto amplector et servo gaudio ut Croesi opes habere me credam*, como si tuviese los tesoros de Creso.⁶⁵

«Jerónimo a Paulo Concordiense Centenario:

... «¿Quién pasa ya de los cien años o llega a ellos de modo que sienta el haber llegado? Como se dice en el libro de los salmos: Los días de nuestra vida, setenta años, a lo más ochenta; lo que pasa de ahí, trabajo y dolor. ¿A dónde, dirás, vas con ese exordio que puede merecer el chiste de Horacio: *Et gemino bellum Trojanum orditur ab ovo*? Pues a enaltecer debidamente tu ancianidad y tu cabeza cándida a semejanza de Cristo. He aquí que estás cumpliendo ya los cien años, y tú siempre guardas los preceptos divinos. Con lo que sientes en esta vida, meditas la bienaventuranza de la vida futura. Tu vista es penetrante, tus pies pisan firmes, tu oído fino, tus dientes blancos, tu voz sonora, tu cuerpo robusto,... No han disminuído los años la tenacidad de tu memoria, como vemos en otros, ni la agudeza del ingenio. No tienes surcada la frente, ni arrugada la cara. Ni tiembla tu mano al trazar las letras. El Señor nos muestra en ti el vigor de la futura resurrección... *quod tu adolescentiam in aliena aetate mentiris*, ya que tan bien mientes la juventud, en otra edad muy distinta.

Los más doctos de los griegos, de los que al hablar Tulio en el discurso *Pro Flacco* dice: «Su ingénita ligereza y erudita vanidad» cantaban las alabanzas de sus reyes y príncipes a cambio de premio. Pues al hacer yo lo mismo, pido el premio por las alabanzas. Y no creas que es poco lo que pido: los comentarios de Fortunaciano, y

⁶⁴ *Ad NEPOTIANUM*, Ep.: *Petis a me...*

⁶⁵ *Catalogus Scriptorum Ecclesiasticorum*: PAMPHILUS.

la historia de las persecuciones de Aurelio Víctor, y juntamente las epístolas de Novaciano, para que al conocer el veneno del cismático, bebamos con más gusto el antídoto del Santo Mártir Cipriano. *Misimus interim te tibi*, mientras tanto te mandamos a ti mismo, *Paulo seni Paulum seniorem*, el viejo Pablo —el Hermitaño— al viejo Pablo, en el cual por la gente sencilla hemos procurado no poco descuidar el estilo. Aunque no sé cómo, aunque esté llena de agua, guarda siempre la redoma el primer olor. Si te gusta este presente, tenemos también otros guardados, *quae cum plurimis orientalibus mercibus ad te, si Spiritus Sanctus afflaverit, navigabunt*, que con otras muchas mercancías orientales, si sopla el Espíritu Santo, se harán con rumbo hacia tí»⁶⁶.

Pectus suum bibliothecam fecerat Christi!
Nihil sine magno labore vita dedit mortalibus!
Et Veterum studiorum dulcissimos fructus metit!

ENRIQUE BASABÉ, S. J.

⁶⁶ *Ad PAULUM Concordiensem*. Ep. Humanae Vitae...